la tierra y la celda siempre son destierro y soledad o lejanía de la visión clara de Dios, y en la celda, como en la soledad, se tienen las tentaciones fuertes y pruebas terribles. La celda y la soledad son el lugar del combate y de la victoria o derrota.

Nunca el Señor ha querido comunicarme luces extraordinarias de cielo o verme entre los ángeles del cielo ni yo lo he pedido, aun cuando el natural lo agradecería sobre todos los demás bienes de la tierra, y sobre las ciencias, y sobre la compañía de las personas más agradables y amenas y sobre toda otra distracción o pasatiempo. Pero me enseña la fe, con toda certeza, que me acompaña mi ángel de la guarda y otros ángeles y bienaventurados. Sé que está conmigo Jesucristo y la Virgen y que estoy en Dios infinito y todo amor, aunque está como escondido, pero me llena, me satura el alma y hasta el cuerpo. Dios está todo en mi. Dios es el cielo y me hace cielo. Aquí, en este silencio, me miro en Dios y le hablo y le escucho, aun cuando mis oídos no perciben el eco de su voz. Mi alma sí lo percibe y me dice: «Estoy en Dios, estoy sumergido, rodeado, impregnado, lleno de Dios, de Dios, infinita Bondad».

Precisamente estaba ahora leyendo este libro, que tanto aviva mi fe y me hace volar hacia Dios y vivirle. Me dice: *En el cielo todo es gozo, todo es alegría y delicia. En el cielo todo es claridad, limpieza y hermosura. En el cielo todo es amor, amor glorioso y radiante y comunicación de amor. En el cielo todo es paz y armonía*

y exaltación de gloria y compenetración mutua y gozosa de todos los bienaventurados y mutua felicidad en Dios.

En el cielo se da toda esa delicia, toda esa paz y dicha en altísimas y nobilísimas perfecciones y cualidades, porque lo llena Dios de sus perfecciones, porque Dios es el verdadero cielo.

El cielo local creado por Dios para morada dichosa de los bienaventurados es la armonía y la paz, es la sabiduría y la prudencia, es el bienestar y gozo inacabable del alma y del cuerpo. Y por encima de todos los bienes materiales y morales... está Dios[4]. Dios será mi cielo y lo será en el cielo, en el lugar de la felicidad y de la dicha. El cielo es la felicidad.

110.—Y tú me pides —añadió sonriendo— que te diga clara, concreta y detalladamente qué es el cielo, como se describe un paisaje, una ciudad, un día de sol.

—Ese sería mi deseo —le respondí yo, cobrando esperanza.

—Pues decirte lo que es el cielo —me aclaró— ni me es posible a mí, ni creo lo sea a nadie mientras viva en la tierra. San Pablo nos dice vio aquella luz y aquella verdad iluminadora de hermosura tan insoñable y tan sobre todo entender humano que no se podía expresar[5]. Y comentó que no guardan pro-

4. Un Carmelita Descalzo: *Dios en mí*, lect. XVII.
5. San Pablo: *A los Romanos*, 8, 18, y *I a los Corintios*, 2, 9, y II, 12, 2.

porción las cosas de la tierra ni se parecen en nada a las del cielo. ¿Cómo piensas tú que pueda decirte yo lo que es el cielo? Tu cariño hacia mí y la bondad de tu corazón te hacen creer imposibles. Porque es imposible en la tierra decir lo que es el cielo.

Y no des por inútil tu visita porque no pueda decirte detalladamente lo que es el cielo. Porque como nada hay tan bello, tan delicioso ni de tanta maravilla como el cielo, siempre es sumamente deleitable y provechoso hablar y pensar en tan soberana hermosura y en los gozos que Dios nos tendrá preparados. Si nos fuera concedido que no se apartara la hermosura del cielo de nuestro recuerdo y una irradiación de su luz iluminara nuestras inteligencias, experimentaríamos que en su presencia *mil años son como el día de ayer, que ya pasó*[6], como cantamos en el Salmo y nos dice la leyenda del monje que trescientos años le parecieron solo un ratito oyendo cantar el pájaro del paraíso[7], cuando meditaba y dudaba de esto que cantaba en el Salmo.

Ese dulce y santo recuerdo nos fortalecería para realizar nuestras obras con toda perfección hasta con alegría sin dejarnos arrastrar ni del apetito ni de la indolencia. Muchas almas espirituales, que las hay por la bondad de Dios, desean tener continuamente su pensamiento en Dios y en el cielo de día y de

6. Salmo 89, 4.
7. José Filgueira Valverde: *La Cantiga*, CIII, II, II, B.

noche, despiertas y aun dormidas. Porque son muchas las almas santas que hay en la tierra.

Me dices te recreas leyendo las vidas de los santos; también me recreo yo. Las vidas de los santos recrean e instruyen. Enseñan a ser santo. En muchos habrás observado los delicados gozos con que Dios les premiaba la atención que tenían a Él procurando no apartarla nunca y la regalada presencia y compañía de Dios que llegaron a tener. La luz clarificadora de la mirada de Dios iluminaba con especialísima luz la atención, la inteligencia y los corazones de esas almas, ya fuesen genios de la ciencia, como San Agustín y Santo Tomás, ya rústicos e iletrados, como San Antonio Abad y San Macario. Y el corazón afectuoso de las mujeres como Santa Ángela de Foligno y Santa Gertrudis la Magna, Santa Catalina de Siena o Santa Teresa de Jesús, se deshacía de gozo y agradecimiento en expresiones más íntimas y levantadas que las sentencias más profundas de los teólogos. La luz de Dios era su maestro y su gozo.

Por estos santos experimentados en las comunicaciones de Dios sabemos que todos los goces y deleites de los sentidos no pueden compararse con una sola gota de ese caudaloso río de delicia que Dios hace correr por el alma santa[8]. *Con sólo una gota*

8. Santa Teresa de Jesús: *Vida*, 27, 12; *Conceptos*, 4, 4-5. Santa Gertrudis: *Libro de las Revelaciones*, lib. II, cap. XXIII Santa Ángela de Foligno: *Liber revelationum et visionum*.

que gusta un alma de esta agua de él, parece asco todo lo de acá... Pues cuando fuere estar engolfada en todo, qué será[9]. Y es tanto el gozo, que parece va a acabar la vida. Porque en verdad que ya a vida eterna sabe, según la expresión de San Juan de la Cruz[10] y aconteció a San Francisco de Asís cuando vio y oyó al ángel tocar el violín[11]. En los éxtasis, que son la exaltación de la luz de Dios en gozo o visión, perdían los santos la sensación de los sentidos y no la recobraban ni aun pinchándoles y haciéndoles cortaduras hondas, como al Beato Nicolás Factor y a otros muchos. Dios es la Vida, todo vida, vida indeficiente y eterna, Criador de toda vida, y comunica vida.

111.—¿No será presunción mía —le dije— esta ansia que tengo de pensar en el cielo y procurar saber cuanto pueda del cielo? ¿Le habré molestado a usted exponiéndole este mi deseo de saber qué es el cielo?

—No, amadísimo —me dijo con entrañable amor—. No me has molestado, sino alegrado y mucho. Nada hay tan bello y deleitoso para pensar, soñar y deleitarse nobilísimamente como Dios y el cielo, su obra maravillosa. Y nada hay que agrade tanto a Dios y sea de tanto provecho para el alma

9. Santa Teresa de Jesús: *Vida*, 21, 1.
10. San Juan de la Cruz: *Llama de Amor Viva*.
11. Las Florecillas de San Francisco. *Consideración II*. Citado en el cap. XVI.

como estos pensamientos y deseos. Y ninguna otra idea debe preferirse a ésta. Dios y el cielo son ideas de luz pura y complacencia deleitosa. Como recordábamos, ayudan a la virtud y son la vida de la vida espiritual. Sobre ellas debieran ser siempre nuestras conversaciones y no apartar la atención ni el afecto de Dios y de su cielo.

Dios hizo esas mercedes muy especiales de visiones regaladas a los santos, porque los santos pusieron todo su tesón en traer la presencia amorosa de Dios y poner en Dios su atención y pedían al Señor con humildad les concediera esta virtud. Dios se la concedió y les regaló.

Yo aquí, en mi silencioso retiro, también le busco y le pido se me haga presente en mi memoria y le trato y le amo, y tú también en tu vida y en tu ocupación de cada día le acompañas y le amas y Dios te ama y está contigo.

Para prepararse el alma a estar y tratar con Dios y poder recibir algún como atisbo de luz del alborear del cielo, necesita la transparencia de pureza en el misterioso silencio de Dios y esperarle con constancia y humildad y pedírselo con insistencia de amor. Del misterioso silencio de la noche nace el alborear y la claridad del día, y cuando el cerrado capullo se abre, aparece la rosa con su hermosura y fragancia. Dios manifestará el alborear del cielo alegrando e iluminando todos los pensamientos y ansias con la claridad transformadora de su sonrisa.

Porque Dios es el cielo y la dicha de los bienaventurados y ángeles. Dios es la Vida y la Luz y el Bien total.

Yo repetía y saboreaba bajito y en mi interior: «Dios es la luz y la Vida y el cielo». Y confiando en una explicación, le dije:

—¿Y qué es Dios? ¿Y qué hay en Dios para ser el cielo y dar la felicidad a los bienaventurados?

Y el amado religioso cerrando los ojos repetía. amoroso:

—¡Dios! ¡Dios! ¡Bondad! ¡Sabiduría! ¡Hermosura! ¡Majestad! ¡Delicia! Difícil pregunta me has hecho, pero la más gustosa que me podías hacer. Es imposible dar respuesta perfecta, diría que más difícil que a la pregunta que buscas de saber lo que es el cielo. Es imposible llegar a comprender la profundidad de Dios, pero es pensar en lo más grande y más deleitable. Dios absorbe continuamente mi pensamiento y me llena de gozo. No pienso ni quiero pensar otra cosa, y siempre me resulta cada vez más gustosa novedad. Dios lo es todo para mí y espero lo sea en el cielo como para los bienaventurados. Dios es la Luz, y la Belleza, y la Bondad, y la Verdad. Dios, el Creador y todo bien. Y con la atención en su interior, le dice a Dios: «¡Dios mío, quién supiera hablar de Ti! ¡Quién supiera conocerte, para vivirte y estar absorto en Ti, Hermosura infinita y Bien de todo bien!» Y es cierto que vivimos en la Hermosura de Dios, que nos está haciendo hermosura, sin verla.

Un día la veremos y gozaremos muy gloriosos hechos hermosura perfecta, viviendo la Hermosura divina y viviendo la vida de Dios en el mismo Dios. ¡Oh día venturoso! ¡Oh deseado día!

112.—Y añadió cariñoso:

—Ya veo que has pensado mucho en lo que de Dios dice el Catecismo. Dios es lo infinitamente amable y deleitable. ¡Qué delicia Dios mío, pensar y hablar de Ti! Y hablar de Dios es hablar de lo inefable y de lo esencial del cielo y de su felicidad, como me pedías. Cuanto comprendamos de la grandeza y felicidad de Dios, comprenderemos lo que es el cielo. ¡El cielo! ¡Nuestra Patria! ¡Oh Patria amadísima!, ¿cuándo nos veremos ya en Ti? ¿Cuándo estaremos ya viviendo en Ti el gozo, la vida y la felicidad de Dios?

Cuanto los sabios creen que saben y conocen de Dios, es todo nada. La fe nos enseña que Dios es infinito; es la infinita perfección. Lo infinito no tiene proporción ni comparación con nada, y cuanto se pueda entender de Dios es nada en comparación de lo que es su Ser. Tanto sabes tú y sé yo de Dios por lo que nos enseña la fe, como sabían San Agustín o Santo Tomás. Y la fe nos enseña que Dios, como infinito que es, es sobre cuanto se puede entender, y todo el entender y toda la perfección de los hombres es como nada ante Él.

Pero vamos, amadísimo, a pensar un rato en Dios y mirar al cielo y a admirar sus bellezas y envolvernos en su claridad. Sabiendo que es verdad que vivimos en Dios, le vivamos de verdad. ¡Oh Dios mío, si ardiésemos también en tu amor! No importa no lleguemos a comprenderte con perfección; nos gozamos mirándote y... nos sumerjamos y empapemos en Dios, más que se empapa de fragancia el que se sumerge en un depósito de perfume. Aunque no la lleve toda, huele a fragancia. ¡Demos olor de Dios!

Muy poco conocemos de este cielo estrellado que se extiende sobre nuestras cabezas. Aun los astrónomos, que narran maravillas, saben muy poco. Pero todos nos gozamos en admirar su grandeza y su encanto, y siempre nos produce nuevo contento y nueva admiración. Lo mismo nos impresionan las bellezas de la tierra. Siempre parecen nuevas y sorprendentes. ¿No nos invadirá y llenará el gozo íntimo y supremo mirando y admirando a Dios, creador de este cielo, y mirando al cielo glorioso aun cuando sea muy poco lo que lleguemos a comprender? ¿Qué comparación puede haber entre las bellezas que vemos o podamos ver y la Belleza infinita de Dios y la Belleza del cielo glorioso?

Dios es más que todos los mundos y muy por encima de todas las bellezas. Dios es el Creador de todos los mundos y de todos los seres. Dios es el

infinito, el inefable. Dios es la Sabiduría infinita y la Omnipotencia.

Dios es el cielo en Sí mismo, porque es la felicidad por esencia, y es el cielo glorioso de los ángeles y bienaventurados y el Creador del cielo, morada dichosa de los bienaventurados; digo morada dichosa, por llamarlo de algún modo, porque es el lugar de idealidad perfecta en su realidad para la felicidad y la dicha. ¿No producirá esto en nuestras mentes el pasmo del contento y el embelesamiento de la delicia? ¡Oh Dios, mucho te deseo y deseo el cielo que me has prometido!

A ti sobrenaturalizo yo los versos del poeta y te digo:

> Cada vez que te veo,
> nueva admiración me das,
> y cuando te miro más,
> aun más mirarte deseo.
> Viendo que el ver me da muerte,
> estoy muriendo por ver.
> Pero véate yo y muera[12].

12. Calderón de la Barca: *La vida es sueño.*

Capítulo XIX

La visión de Dios es el cielo

113.—Con mi pregunta, tal vez algo inoportuna, distraje al religioso amado y admirado de lo que tan encantadora y claramente me explicaba y yo escuchaba embelesado. Me gozaba en asimilar tan luminosas y alentadoras verdades. Pero sentía cada vez más vehemente el deseo de adquirir un conocimiento más detallado, si me fuera posible, de qué es el cielo, y *consistiendo el cielo en la visión de Dios, le pedía me dijera qué es la visión de Dios para hacer, como hace, completamente felices y para siempre a los ángeles y a los bienaventurados.* No lo comprendía yo y lo deseaba ya desde hacía mucho tiempo y se me aumentaba el deseo por la conversación que tenía con algunas personas santas, y más aún con otras personas de fe menos viva, las cuales me decían que la sola visión de Dios causaría monotonía, y donde hay monotonía se produce el hastío y el deseo de otra

novedad, y por lo mismo, no podía haber en el cielo felicidad total. Porque ¿cómo es posible que la sola visión de Dios llene a todos del más inefable gozo y de una radiante alegría, siempre inagotable, siempre renovada en desbordante y comunicativa delicia?

Y continué resaltándole este reparo, diciendo:

—Oigo una muy dulce y agradable armonía que me encanta, veo un objeto que me agrada y deseaba poseer, admiro un paisaje que me llena de asombro por su amenidad y variada hermosura o por la imponente grandeza de lo abrupto y agreste y el callado rumor del silencio, que se mete dentro del espíritu y lo estremece, o por todo esto junto que levanta el alma a admirar otra belleza sobrenatural y más íntima, como el imponente silencio de esta maravillosa y bravía hondonada donde escribo. Pero la impresión fuerte de la admiración y asombro pasa pronto y viene el deseo de otra novedad. Esta complacencia y ponderación que llena el deseo dura muy poco rato. Pasada la impresión, se busca otro nuevo conocimiento, otra nueva satisfacción. ¿No nos acontecerá algo semejante con la visión de Dios, y por eso se hable de la monotonía que pueda haber en el cielo? ¡Ver siempre a Dios! ¡Ver siempre a Dios! ¿No viene a la mente el concepto de monotonía? ¿Qué será la visión de Dios? —me atreví a insistir—. ¿O qué se verá y sentirá, pues se asegura que produce la felicidad total, la delicia y satisfacción perfecta y permanente en la mayor y más

exuberante y renovada alegría? ¿Cómo puede esta continua visión de Dios llenar el alma en todos sus deseos de un júbilo perpetuo y permanente satisfacción y delicia?

—Bien has hecho, amadísimo —me dijo con bondad de agradecimiento—. Bien has hecho en exponerme esa tu duda, que, como me dices, se oye con no escasa frecuencia y muy pocos saben esclarecerla. Es de suyo tan pobre o corta la condición del hombre mientras vive en este continuo movimiento material de la tierra, absorbido por la materia, que no le es fácil, con su débil fe, ni comprender claramente ni aun darse cuenta de cómo la visión de Dios o la vista y conocimiento directo de la esencia de Dios y de sus perfecciones pueda producir esa dicha feliz y perpetua de siempre renovada alegría. Juzgan de la visión de Dios a semejanza de las impresiones y conocimientos de la tierra, y por eso piensan que en el cielo puede haber monotonía, y consecuencia de la monotonía, como decías, hastío y cansancio. No habría felicidad.

Y añadió con afecto y gozo no disimulado:

—¡Veremos a Dios! ¡Mi alma verá a Dios! ¡Nos gozaremos con delicia y sin hastío en la perpetua y variadísima dicha de Dios!

Con esta exclamación creció aún más en mí el deseo de conocer y ver la luz y verdad muy alta que parecía dar a entender había en la visión de Dios por el afecto con que lo pronunciaba.

Y continuó diciéndome con íntima persuasión:

—Fíjate bien que Dios, el mismo Dios, es el cielo siempre nuevo y perpetuamente renovado en delicia y contento. La visión de la esencia de Dios y de sus infinitas perfecciones, el claro conocimiento de lo que Dios es y puede y su infinita hermosura es de una variedad también infinita y es el cielo feliz, feliz y siempre el mismo y siempre distinto y más bello. Con el conocimiento de la esencia de Dios se entra en la posesión de Dios y en el suavísimo y exaltado gozo de Dios en el mismo Dios. ¡Veremos a Dios —me repitió contento— como quien en ello posee y disfruta de todo el bien, y gozaremos el mismo gozo de Dios en el mismo Dios, y Dios es el cielo!

Yo estaba impresionado. Y él continuó hablando con Dios:

—Llena ahora, ¡oh Hermosura infinita!, llena nuestra alma de tu purísima luz y de tu verdad y bondad para que nos admiremos y nos gocemos en tus amabilísimos y maravillosos misterios de inmensidad, de majestad, de amor, de ternura.

Porque en Dios lo veremos todo, lo sabremos todo. En Dios lo poseeremos todo y lo gozaremos todo. Y conoceremos y poseeremos no ya tan sólo este átomo de la tierra, porque la tierra, como sabes, es un átomo comparada con el universo; poseeremos no ya tan sólo este átomo de la tierra, sino las inmensas magnitudes de los innumerables mundos de todo el universo, cuyos límites ahora no conoce-

mos. En Dios veremos, poseeremos y gozaremos las más portentosas y variadas maravillas de que están llenos los mundos y las veremos no a distancia, sino presentes, y poseeremos y gozaremos las riquezas naturales y sobrenaturales de los cielos y de los moradores felices de los cielos y la Sabiduría de los querubines y el amor de los serafines y el poder y perfección y el número sin número de todos los ángeles de las Jerarquías y nos gozaremos en su gozo y en su gloria. Todo lo veremos en Dios.

114.—Para que puedas darte mejor cuenta de estos pensamientos de delicia, no dejes de tener presente en tu recuerdo esta verdad. Nuestro pobre entender aquí ahora en la tierra es muy limitado y muy nebuloso. Para comprenderlo y grabarlo algo mejor dividimos y hacemos como encasillados de las verdades. La Verdad y la felicidad es una sola, y el cielo es uno. Pero decimos que hay, un cielo esencial y un cielo complementario, no accidental, sino complementario.

El *cielo esencial*, el que da la felicidad y hace bienaventurados, es la visión de Dios y la posesión de Dios, de que te hablo, de la que más extensamente he de hablarte. En Dios, como te digo, lo veremos todo y lo gozaremos y poseeremos todo. Y lo que llamo como *cielo complementario es el cielo local. El cielo local* es el lugar criado por Dios para morada de los bienaventurados con riquezas y ornatos y

bellezas tan maravillosas como no podemos soñar. Es un lugar sobrenatural con relación a la creación que conocemos, donde todos los bienaventurados viven y vivirán dichosamente la felicidad de la gloria. Es el lugar de la delicia y del gozo perpetuo, donde estarán los cuerpos ya gloriosos después de la resurrección. La ley que allí gobierna y hace feliz es la ley del amor triunfal y glorioso de Dios, en quien todos viven y gozan.

Las almas, como los ángeles, están en Dios, y son felices en Dios, en la visión de Dios. Estarán en el cielo, el lugar de la dicha, pero su cielo y su dicha y felicidad es Dios. El cielo local es el complemento del cielo esencial. No es el lugar el que comunica la felicidad; es Dios, es Dios quien hace feliz al bienaventurado y al lugar, como veremos.

La felicidad es plenitud de dicha, saturación de contento y delicia, porque el bienaventurado ve ya cumplidos y está viviendo los deseos que tenía de bienestar, de gozo, de dicha, de saber, de conocer y poder. Y los deseos que ahora ve satisfechos no son los pequeños y limitadísimos que tenemos mientras vivimos en la tierra; son los ilimitados e inmensos e insoñables que nos comunicará Dios en el cielo y veremos superabundantemente cumplidos cuando, desligada el alma de estas prisiones del cuerpo pesado y corruptible, haya sido levantada, agrandada, sobrenaturalizada, deificada con la luz de gloria que Dios comunica al bienaventurado. La intensi-

dad de la luz de gloria que Dios comunicará al alma y vivirá para siempre en el cielo, es en proporción de la intensidad de gracia y amor de Dios que tenía al separarse del cuerpo por la muerte. La alteza y claridad de la luz de gloria —que es la gracia transformada en luz— es el grado de claridad y perfección de la misma gloria.

Aunque te he nombrado dos cielos, no te imagines que hay dos. El cielo es uno y único, y una es la felicidad. El cielo y la felicidad es la visión de Dios. El lugar y las delicias del lugar son complemento no necesario para el espíritu, como es complemento no necesario la resurrección de los cuerpos, aun cuando muchos imaginen la felicidad preferentemente con relación a los cuerpos. Ni el lugar ni el cuerpo son necesarios para la felicidad del alma, pues ya de hecho es feliz antes de que resuciten los cuerpos.

No se vaya de tu memoria que *la felicidad es el estado perfecto en el cual se tienen y gozan simultáneamente todos los bienes reunidos sin que haya mal alguno y sin temor de perderlos. Es el sumo gozo que se puede tener según la capacidad de cada uno producido por la posesión y unión con el Bien Supremo, que es el Bien increado y el último fin*[1]. *Y es y se llama felicidad o bienaventuranza porque es ya el sumo gozo por haber alcanzado la posesión del Sumo Bien*[2]. Nadie puede

1. Santo Tomás de Aquino: *Suma Teológica*, I, II, q. 3, a. 3.

2. Id., id., I, II, q. 3, a. 1 al 2. Un Carmelita Descalzo: *Dios en mí* lect. III, núm. 36, y lect. IX, núm. 126. Véase antes el cap. X.

dejar de desearlo, pues es el último fin del hombre, y porque la voluntad por naturaleza está inclinada al bien y necesariamente desea el bien total y universal o lo que juzga que es bien para ella.

115.—La felicidad y la dicha tienen que proceder de dentro, de la naturaleza íntima o del que hizo la naturaleza. Lo que procede de fuera no puede llenar, ni durar, ni ser seguro, ni es el Sumo Bien. La dicha no procede de la propia naturaleza del hombre; experimentamos que está fuera de su poder, de su saber y de su habilidad o industria; por eso no somos ya felices a pesar de lo mucho que lo deseamos y lo procuramos.

Dios es el único infinitamente feliz por su misma esencia, pues es el Sumo Bien, sin sombra alguna de deficiencia. Dios, Sumo Bien, es nuestro último fin. Dios es el único que ha hecho nuestra naturaleza y nos puede dar la felicidad. Más aún, nos ha creado para hacernos felices a su tiempo, después de la muerte. Dios está dentro de nosotros, en lo íntimo del ser de cada uno, más íntimo a mí que yo a mí mismo. Dios es el que crea y está conservando mi naturaleza y es el único que la conoce perfecta y totalmente. Estamos envueltos en Dios y saturados de Dios, aunque no percibamos su gloria ni se muestra ahora glorioso a nosotros. Ni podemos salirnos de Dios. Unicamente Dios crea la vida y la desarrolla. Dios obrará la transformación de mi alma sobre-

naturalizándola con la gracia y llenándola de satisfacción después en el cielo. Dios comunicará su felicidad a todo el que muera en gracia al comunicar la luz de gloria y *con la luz de gloria le dará la visión directa de su esencia y de todas sus perfecciones. Y con la visión de su esencia le da su posesión, su gozo y su misma vida gloriosa y feliz.*

La felicidad se conseguirá con la unión del alma con Dios en amor glorioso, viviendo en Dios, en su misma esencia y atributos o perfecciones y su misma vida. Esta unión es tan íntima y tan gloriosa, que es vivir la misma vida de Dios participada, en el mismo Dios. Unión del entendimiento del alma con el entendimiento de Dios y de la voluntad del alma con la voluntad de Dios, y tan compenetrados, que es entender y amar y gozar en el mismo entender, amar y gozar de Dios. ¡Viviremos en Dios! ¡Viviremos la misma vida de Dios y sus mismas perfecciones! Dios de modo infinito; el alma de modo participado y finito según su capacidad. Ni tú, ni yo, ni nadie puede comprender esto en la tierra. Pero eso será nuestra dicha y gloria perpetua en la total satisfacción.

116.—Dios pondrá la felicidad en el entendimiento del alma, y el entendimiento llenará todo el ser. En la visión de Dios el entendimiento verá a Dios en su esencia y en su perfección infinita y será feliz. Porque la visión de Dios consiste en que el

entendimiento, fortalecido y clarificado con la luz de gloria, ve directamente a Dios en su esencia y en sus perfecciones. Y lleno y satisfecho con la visión de Dios, comunica su satisfacción a la voluntad y a toda el alma, y el alma al cuerpo después de la resurrección. *Pues la operación propia de la sustancia espiritual es entender, y esta operación es su último fin. Estas operaciones o intelecciones tanto son más perfectas cuanto sea más perfecto y hermoso su objeto. Y así, entender lo más grande y lo más perfecto que pueda existir es el más perfecto y alto entender. Lo más perfecto que puede existir es Dios infinito. Y por lo mismo, entender a Dios es la felicidad o último fin de la sustancia espiritual.*

Y el más perfecto modo de entender no es entender solamente con mi pobre y corta capacidad natural, como el más perfecto ver de los ojos no es la vista natural, sino la perfeccionada con el telescopio y microscopio, que acercan, agrandan y detallan los objetos. Con una semejanza incomparablemente más alta y perfecta, Dios comunicará al entendimiento natural la luz de gloria. La luz de gloria agranda, sobrenaturaliza, endiosa el entendimiento y le da capacidad sobrenatural para poder ver y conocer la esencia de Dios y sus perfecciones. Esa vista o visión gozosa sobrenatural, ese conocimiento glorioso de la esencia de Dios es la felicidad y Dios la comunica al bienaventurado y al ángel para siempre. Es la actividad perfecta y gloriosa seme-

jante a la misma actividad de Dios. En Dios es infinita y por esencia; en el bienaventurado, finita y participada.

117.—No conviene olvidar la enseñanza de Santo Tomás, que dice: *La felicidad es la actividad perfecta en el gozoso descanso de las más perfectas potencias del hombre y de ellas redunda a todo el ser y excluye toda tristeza e inseguridad. Ha de ser la más alta y perfecta actividad del hombre. Y la más alta y noble actividad de la más noble potencia del hombre es la realizada por la potencia o facultad más noble y perfecta del hombre acerca del objeto más alto y perfecto. La facultad o potencia más noble y perfecta del hombre es la inteligencia, y el objeto de la inteligencia más noble y perfecto es el Bien Divino... Consiste, pues, la felicidad del cielo principalmente en el acto de estar entendiendo las perfecciones divinas... Y la más perfecta, noble y última felicidad que se tendrá en la vida eterna está en la contemplación y visión de Dios*[3], siempre actual, ininterrumpida, siempre más deliciosa, sin parpadeos, como está el sol en la ininterrumpida actualidad de su actividad en lucir y calentar. Ni un momento deja de brillar e irradiar calor.

Para disfrutar de la perfecta felicidad es necesario que la inteligencia vea o entienda la esencia misma de la causa primera o Criador de todo. Y de ese modo, por

3. Santo Tomás de Aquino: *Suma Teológica*, I, II, q. 3, a 5.

la unión a Dios como a su objeto —en lo cual consiste solamente la perfecta y feliz bienaventuranza del hombre—, conseguirá la perfección[4]. Que es como estar siempre brillando en la delicia del gozo de entender, de amar y de sentirse amado por el infinito amor de Dios y por los bienaventurados con Dios.

Y la felicidad bienaventurada está en la perfección ya adquirida y poseída, que no admite defecto ni sombra alguna en el ser bienaventurado[5].

Y se dice que la felicidad bienaventurada es el sumo bien del hombre, porque ha alcanzado el goce o regusto del Sumo Bien[6] en el modo saciativo total y perfectamente dichoso.

Y quiero repetírtelo con otras palabras del mismo santo por ser de tanto gozo: *La felicidad bienaventurada es el bien perfecto conseguido y gustado de manera que totalmente satisface el deseo... Ni sería el bien último si todavía quedara o hubiera algún deseo no satisfecho. El objeto de la voluntad, que es el deseo del hombre, es el bien universal..., y sólo el bien universal puede satisfacer totalmente esa inclinación de la voluntad, y el bien universal es Dios únicamente*[7].

Y es totalmente imposible que uno que haya visto la divina esencia quiera no verla... Porque la visión de la divina esencia llena el alma y la satisface de todos los

4. Id., id., I, II, q. 3, a. 8.
5. Id., id., I, II, q. 5, a. 4 al 1.
6. Id., id., I, II, q. 3, a. 1 al 2.
7. Id., id., I, II, q. 2, a. 8.

bienes, pues la une con la fuente de toda bondad, por eso dice el salmo: «Quedaré saciado cuando apareciere tu gloria...». El bienaventurado no puede abandonar la bienaventuranza por propia voluntad. Tampoco puede Dios quitársela, pues se la ha dado[8]. El alma, viéndose amada del Sumo Bien y sumergida en el Sumo Bien y amando con toda su capacidad ese Sumo Bien y gozándolo, y teniéndolo como posesión propia, no puede dejar de quererlo y amarlo.

Y el Santo Doctor resume todo esto y aún lo aclara más en otras palabras: *Como la visión de la sustancia divina es el fin último de las sustancias inteligentes..., el deseo natural de las sustancias inteligentes que ven la sustancia de Dios han de quedar totalmente satisfechas... Es el deseo natural del entendimiento entender todos los géneros y especies de todos los seres con todas sus propiedades y todo el universo y su desenvolvimiento y orden... Todo el que ve la sustancia divina verá y conocerá todo eso*[9]. La visión de Dios es ver directamente a Dios en Sí y en sus perfecciones, y el bienaventurado lo verá todo en Dios mismo, lo conocerá todo y conocerá las razones de todo; lo poseerá y lo gozará todo y todo eso inmenso es como nada ante la posesión, el conocimiento y el gozo que tendrá en ver a Dios y en poseer a Dios. Y le estará viendo y poseyendo y gozando ininterrumpidamente siempre, siempre, sin fin.

8. Id., id., I, II, q. 5, a. 4.
9. Id., id.: *Suma contra los Gentiles*, lib. III, cap. 59.

118.—Confío, dados tus conocimientos —me dijo—, hayas visto en este maravilloso y genial resumen del Doctor Angélico qué es la visión de Dios, como me preguntabas, y la felicidad que produce en el alma con lo que se ve y se conoce y se posee en esa visión de Dios infinito. Lo finito nunca puede abarcar totalmente lo infinito, como los brazos de un niño ni de un hombre pueden abrazar toda la tierra; siempre hay más luz y admiración. No es posible la monotonía. Siempre hay renovada novedad y renovado gozo.

—Algo de la grandeza encerrada en esas palabras me parece haber entendido y me producen admiración —le respondí—, y mucho le agradecería tuviera la bondad de explicármelo más detallado para comprenderlo mejor. Me es muy necesario y lo veo maravilloso.

—El lenguaje de Santo Tomás es muy apretado de sentido, aun cuando es muy claro y preciso. Por eso hay que prestarle toda la atención. Enuncia grandes y muy hermosas verdades. Dios me ayude a explicártelas o aclararlas algo, según tú deseas.

Te habrás dado ya perfecta cuenta de que Dios nos ha creado no sólo para la felicidad natural, sino para la felicidad sobrenatural. Ni una ni otra puede el hombre vivirlas aquí en esta vida de la tierra, y obtendrá las dos juntamente. La felicidad completa, o sea la natural y la sobrenatural, consiste en la unión gloriosa del alma con Dios, que es el Sumo

Bien, el Bien increado y glorioso. Cuando consiga esta unión o estemos en esta unión, seremos felices, gloriosamente felices. Admiremos la hermosura y grandeza de esta unión.

No consiste esta unión en un mero contacto del alma con Dios, como cuando juntamos un objeto con otro. No es como una soldadura o un injerto del alma en Dios. Es una unión íntima gloriosa del entendimiento del bienaventurado con el entendimiento de Dios y de la voluntad y querer del bienaventurado con la voluntad y el querer de Dios glorioso y glorificador. Esa unión ya la hace la gracia santificante aquí en la tierra, aunque no gloriosamente.

En esta unión ya gloriosa queda el alma toda, y con el alma todo el ser vivo, empapada, gloriosa en Dios y con la gloria de Dios, compenetrada y saturada en el ser glorioso de Dios, viendo y viviendo la gloria de Dios, poseyendo, gustando y saboreando la alegría y las perfecciones y la vida dichosa y altísima de Dios en el mismo Dios, hecha vida en la vida de Dios. En esta unión íntima y perfecta está el alma en Dios no como está el cuerpo sumergido en el agua, o envuelto en la luz, o como está en la atmósfera aspirando aire al interior y todo envuelto en aire al exterior, sino mucho más: está traspasado y empapado en la sustancia divina más que la esponja empapada en el perfume, más que la fruta conservada en la dulzura del almíbar, más que la

sustancia en el caldo, más que el cristal translúcido lleno de luz, más que los átomos del aire en la fragancia. Está el alma en el entender divino, y en el amar y gozar divinos y en las perfecciones divinas de una manera más alta y perfecta que estaría una cerilla encendida en el núcleo luminoso y ardiente del sol, más que la brasa ardiendo en la llama.

Ninguna comparación puede llegar a esta realidad tan perfecta. Pero mira —me dijo— esta bombilla o esta lámpara fluorescente que tenemos ante los ojos. Están preparadas para lucir. Se ha hecho el vacío y tienen el filamento y el gas, pero no lucen aún, les falta el fluido. Las ponemos en contacto con la energía y se transforman y brillan y se hacen esplendor e iluminan. Yo no veo los átomos del gas, pero ahí están; la energía los ha inflamado a todos, les ha transformado a todos y todos lucen. Están todos unidos a la energía y como transformados y hechos claridad con la energía. Reciben esa energía y el resplandor y calor, son como el gozo y los efectos dichosos de la posesión. Es sólo una comparación, y las comparaciones nunca pueden explicar bien las perfecciones y propiedades que se desean aclarar, y menos cuando son perfecciones y propiedades de Dios, que son sobrenaturales, pues nada de lo natural se parece a lo sobrenatural. Los átomos de gas todos brillan lo mismo. Cada bienaventurado tiene distinto brillo de gloria y de dicha, según la gracia y santidad que alcanzó viviendo. Todos viven

y gozan en la vida y en el gozo de Dios y en su rutilante brillar. Son brasas ardiendo en el fuego de amor infinito de Dios.

El entendimiento del bienaventurado se ha hecho uno en el entender con el entendimiento de Dios; y la voluntad, una en amar y gozar con la voluntad de Dios, y lo mismo en las demás propiedades y perfecciones; todas se han divinizado. San Juan de la Cruz escribe maravillas de esta unión aun en la tierra. ¿Qué será en el cielo? ¿Cómo entenderá y amará y gozará y cuánto podrá un alma hecha Dios? ¡Qué delicia se encuentra en pensar lo que Dios nos tiene prometido! Con la visión de Dios gozaremos divinamente. ¡Dios mío, me darás vivir tu vida en Ti mismo! ¿Cómo será ese vivir y esa vida de Dios en Dios?

119.—La visión directa de Dios en su ser, que es ver su esencia y sus perfecciones, es el cielo y es la felicidad —y mirándome con ternura, me repitió—: ¡Mi alma verá a Dios! ¡Veremos a Dios! Viendo a Dios, poseeremos a Dios, gozaremos en Dios. Perdona que lo repita. ¡Encuentro inmensa alegría e inefable gozo en repetir esta verdad que ha de ser nuestro cielo, esta verdad que encierra tanta luz!

Porque la gloriosa visión de Dios da, y ella misma es, la posesión o conocimiento de Dios y el gozo de Dios o fruición y, diría yo, regusto de Dios. Y como Dios es infinito en Sí mismo, el conocimiento del ser infinito

y el gozo de conocer al Infinito supera todo cuanto puede decirse y pensarse.

Ningún entendimiento creado con sola su capacidad natural puede ver y conocer directamente en su esencia y perfecciones el Ser infinito. Pero Dios comunica su luz de gloria al entendimiento, y el entendimiento con esa luz sobrenatural es fortalecido, sobrenaturalizado, divinizado y ve a Dios infinito; le ve sin discursos, sin razonamientos: le ve, le contempla y le contempla infinito en todo bien, en toda perfección, en toda hermosura; y absorto, maravillado, lleno de gozo, en éxtasis de dicha ante tan infinita belleza y verdad, pues tiene toda la belleza y toda la verdad. Y ya su gozo es ver, contemplar, admirar, alegrarse y alabar en la mayor exaltación tan infinito Bien y Poder y no puede ya apartar su mirada y atención de Dios ni dejar tan sólo un momento de mirarle, admirarle y alabarle.

Y contemplándole, admira que es infinito, infinito en todo Bien, y que es ya suyo; le comprende y le posee. La vida y el gozo de Dios es ya también el suyo propio y es el gozo y la felicidad de todas las jerarquías angélicas. Y esa verdad, ese conocimiento, esa posesión y ese gozo llenan su entendimiento y llenan su voluntad y deseo y será para siempre. Está lleno, satisfecho de luz y de gozo. Todo lo tiene ahí; todo lo posee ahí. Nada puede desear que no tenga ahí. La visión de Dios da no sólo la completa felicidad natural, sino la sobrenatural.

El entendimiento, el alma ha sido levantada, agrandada, sobrenaturalizada, y toda ella, transformada, saturada, en la misma vida infinita y gloriosa de Dios, en la exaltación más deliciosa. El gozo y la sabiduría y el poder de Dios la invaden, la llenan. Ha quedado hecha gozo de Dios en el gozo de Dios, que es gozo tan superior que ni los ángeles del cielo ni el mismo entendimiento infinito de Dios puede entender algo más perfecto, por ser Él el gozo por esencia. Es el gozo que transforma todo el ser en vida de gozo, de delicia, de sabiduría y belleza sobrenatural o divina. Es el gozo que viven los ángeles y todos los bienaventurados, producido por la inundante comunicación y satisfacción de la visión de Dios al ver llenos todos sus deseos, todas sus aspiraciones, sin poder desear nada que no tengan, que no entiendan, que no sepan, posean y gocen. Viven la felicidad. Viven la misma vida gloriosa de Dios participada, según la capacidad de cada uno.

Toda esa felicidad, todo ese gozo y la seguridad de que será para siempre sin disminución lo ha producido la visión de Dios, porque viendo a Dios se comprende ser la infinita perfección, se le posee y se le goza. Viendo a Dios se ven en su Sabiduría Eterna, en el Verbo, en Jesucristo, la segunda Persona de la Santísima Trinidad, se ven, digo, y se poseen y se gozan todos los bienes, todas las perfecciones y verdades y bellezas; se tienen todas las

delicias. Ver a Dios es el cielo, es la felicidad natural y sobrenatural[10].

Admiraba yo cuanto me decía. Pero no sé si le interrumpí diciéndole:

—Este es precisamente mi deseo y pregunta. ¿Qué se ve en Dios? ¿Que se posee y se goza viendo, contemplando a Dios? No habrá cansancio? ¿Cómo se ven en Dios todos los bienes que me dice? ¿No se deseará ver otra novedad?

No se molestó con mi reiterada pregunta. Con bondad, que agradecí, continuó diciendo:

—Pidamos a Dios la luz para entender algo. ¡Dios mío, ilumíname!

Advierte que si se vive la vida de Dios, y la verdad de Dios y la belleza y el gozo mismo de Dios y en el mismo Dios, y se llena toda la capacidad de ese bien, ya no puede desearse otro, porque está lleno, rebosando, y ya se tiene. No cabe otra novedad. Y como Dios es siempre feliz, lo es el alma viéndole y poseyéndole y viviéndole. Está empapada, saturada, rebosando; no cabe más. Se tiene y se goza el gozo y la felicidad no sólo natural, sino la sobrenatural. Si fuera sólo natural, se podría tener en la tierra. Dios une al alma Consigo mismo en su misma vida y la da vivir gloriosamente su misma vida. Esto

10. Un Carmelita Descalzo: *Dios en mí,* lect. II, núm. 27; lect. III, núm,33; lect. IX. núm. 125; lect. XIV, núms. 224 y sgs.

es la felicidad natural y sobrenatural del alma y también del cuerpo después de la resurrección.

Permíteme que antes de continuar me goce repitiendo estas frases de San Agustín: *Esta es la misma vida bienaventurada: no es otra cosa que gozar de Ti, para Ti y por Ti*[11]. *Y esta es la vida feliz: el gozo de la Verdad, porque éste es un gozo de Ti, que eres le Verdad*[12].

Viviré lo más que se puede no ya decir, pero ni aun pensar, y aunque te parezca exageración, no lo es, sino dichosa y divina realidad: viviré a Dios en Dios y su misma vida participada según mi capacidad.

En Dios veré, poseeré y podré y gozaré cuanto quiera. Sólo no tendré y no seré lo que no quiera. La Visión de Dios me hará feliz ininterrumpidamente, feliz para siempre.

11. San Agustín: *Las Confesiones,* 1, X, c, 22.
12. Id., id., 1, X, c. 23, núm. 33.

CAPÍTULO XX

La luz del cielo

120.—Escuchaba yo embelesado al amado y admirado religioso las filigranas que salían de sus labios sobre las maravillas que nos tiene Dios preparadas en el cielo, nuestra verdadera y gloriosa patria, maravillas muy superiores a lo que en la tierra puede el entendimiento pensar y la imaginación fantasear. El corazón me saltaba de gozo y parecía agrandárseme cuantas veces le oía repetir con afecto: «¡El cielo es Dios, Dios infinito, y viviré ya glorioso en su divina felicidad!».

Con júbilo callado repetía yo dentro de mí mismo, saboreándolo: «¡El cielo es Dios, Dios infinito será mi cielo glorioso, como es cielo de los ángeles y de los bienaventurados, como es cielo de la Virgen, mi Madre amadísima. Su dicha será mi dicha». Y se perdía mi mente en la luz eterna y me veía envuelto en la suavísima claridad del cielo y en las armo-

nías divinas, que me embelesaban en la radiante delicia de Dios y en su mismo gozo y felicidad en compañía de los ángeles. ¡Oh dicha insoñable, vivir para siempre en esa infinita hermosura de Dios y hecho una hermosura con su Hermosura!

Una atmósfera de alegría transforma el espíritu al recordar estas luminosas verdades y la atracción de la Belleza eterna enciende la voluntad.

Antes de continuar explicando estas delicias del cielo que el alma vivirá y gozará en Dios, superiores a cuanto se puede soñar, le interrumpí con ingenuo atrevimiento y santa curiosidad, diciéndole:

—Aquí, en esta soledad y en el silencio de esta celdita se sentirá feliz, pues su atención está siempre orientada hacia ese bellísimo encanto del cielo y sabe que está envuelto y empapado en Dios, tratando con Él y con los ángeles y bienaventurados que aquí le hacen compañía y se unen a su amor. Yo, al menos, le considero feliz en este silencio que Dios llena y nadie interrumpe. Me lo dice ese letrero.

Me miró apacible y, sonriendo, respondió:

—A nadie, amadísimo, a nadie de este mundo envidio sino al que ama más a Dios y le lleva más grabado en su alma. Ese letrero de *Considere tu celda un paraíso, desecha todo recuerdo del mundo*, es el ideal hasta que pueda decir; *Ya no vivo yo, Cristo vive en mí*[1]. Pero feliz no lo soy ni lo era San Pablo, que dijo

1. San Pablo: *A los Gálatas*, 2, 20.

esta frase: ¡Ay, amadísimo e ingenuo en tu pensar! En la tierra nadie puede ser feliz. Recuerdas que el mismo Apóstol dijo: *Infeliz hombre yo*[2]. Los santos no envidiaban a nadie, pero no eran felices.

La mortificación exterior, y menos la interior, no son felicidad, aun cuando comunican contento espiritual. Ni los sufrimientos, ni la humillación ni el ansia de ver a Dios son felicidad, y menos si Dios se esconde tras la sequedad o tentación. Estas virtudes, como el retiro del convento y la abstención de las diversiones y disipaciones sociales y de las frivolidades son esperanza de felicidad, disposiciones para poder vivir la vida interior con Dios y el deseo de hacer algo por Dios y mostrarle el amor. Todos sabemos que retirándonos de los peligros y tratando mucho con Dios y pidiéndole el amor, nos disponemos para que Dios aumente en nosotros su amor y virtudes. La felicidad sólo está en Dios y en la posesión de Dios en el cielo, sólo en el cielo. Todo este obrar santo es, en frase de San Pablo: *En vista de la esperanza; que nos está reservada en los cielos*[3]. En la tierra sólo esperamos tener la felicidad cuando Dios nos lleve al cielo.

121.—Los santos —continuó diciéndome— alcanzaron las grandes victorias sobre sí mismos y

2. San Pablo: *A los Romanos*, 7, 27.
3. Id., Col. 1, 4-5.

sobre el mundo y el demonio, y ganaron muchas almas para Dios después de muchos sufrimientos y duras y dolorosas peleas, postergaciones y desamparos. Que no se recoge un alma en el silencio del convento ni se retira del mundo y abraza con la mortificación para ser feliz en el convento sino para amar y alabar a Dios con todo el alma y con todo el ser, y para ganar almas para Dios por la expiación y para hacer méritos para el cielo.

La felicidad del cielo es la que espero yo aquí en mi silencio y retiro, y la pido a Dios para mí y para ti. Por la felicidad del cielo abrazo la soledad y la mortificación. Por amor de Dios y de la felicidad del cielo abrazo los menosprecios, la pobreza, la obediencia y me abstengo de regalos y curiosidades. Aquí quiero expiar mis pecados y los pecados de todos los hombres. Por ello he escogido morir en la vida a todo lo que no lleva a Dios, y quiero sólo la gloria de Dios amándole, agradándole, practicando la virtud e imitando a Jesús lo mejor que pueda, como te esmeras tú en tu estado y ocupación. Los dos estamos seguros que Dios no deja de premiar en la gloria con el ciento por uno todos los actos que por amor suyo realicemos aquí en la tierra.

Pero tu interrupción —añadió condescendiente— nos ha desviado de reflexionar sobre la luz del cielo. Bien sabes que cuanto aquí practiquemos y vivamos mejor las virtudes, será más perfecta la gracia y el amor de Dios en el alma, más se parti-

cipará de la naturaleza divina y el alma verá más y conocerá más de la esencia divina y de sus infinitas perfecciones y gozará de mayor grado de gloria para siempre. Quien aquí en la tierra escoge estar más en la compañía de Dios amándole o hace más para amarle más y que todos le amen, estará en el cielo más cerca de Dios, más dentro de Dios, más iluminado de la Sabiduría de Dios y de la luz de la felicidad.

Ni sé cómo explicarme bien en esto. Porque de alguna manera tenemos que expresarnos, y nuestro lenguaje no responde a la realidad del cielo. Aquella realidad es de otra manera más alta. Estar cerca de Dios, o del trono de Dios o a la derecha de Dios y más dentro de Dios no se dice por la distancia más cercana o más lejana, sino por la claridad, la perfección y alteza de la visión de la esencia de Dios, y en la visión de la esencia de Dios, en su Sabiduría eterna, ver, conocer, poseer y gozar de todas las demás perfecciones de todos los seres criados y de muchos no creados y que nunca creará, pero posibles.

122.—Decimos que la humanidad de Jesucristo está a la derecha del Padre. Lo recitarnos en el Credo. Pero Dios no tiene derecha ni izquierda. Dios es todo centro de infinita perfección y de infinita delicia. Lo decimos acomodándonos a este lenguaje de la tierra y para darnos a entender de alguna manera. Que es como decir: el alma de Jesucristo es

la que recibe más luz y gloria de la divinidad; la que ve y conoce, admira y goza más de Dios por encima de todas las Jerarquías angélicas y de todos los bienaventurados. Porque la Persona de Jesucristo es el mismo Dios, la Segunda de la Santísima Trinidad, y en esta Segunda Persona, que es la Sabiduría eterna, ven los bienaventurados todas las cosas. Todo lo conoceremos en la persona de Jesucristo. Todo lo gozaremos en esta Sabiduría infinita.

Y decimos que la Virgen Santísima, nuestra amadísima Madre, está junto al trono de Dios, porque amó a Dios más intensamente que todas las demás criaturas y estuvo más unida con Dios en la tierra. Ahora en el Cielo ve, y comprende y goza más de Dios, y en Dios de todas las verdades y hermosuras y de todos los mundos y seres sobre los demás bienaventurados. Llegó a más intenso grado de gracia y de amor en la tierra y ha recibido mayor luz de gloria y más felicidad.

La naturaleza humana de Jesucristo está unida con unión hipostática con el Verbo Eterno, la Persona Divina, y la Virgen Santísima está unida con la unión de Madre a Jesucristo, pues en ella tomó el Verbo la naturaleza humana.

Pero en Dios no hay trono ni hay derecha o izquierda ni hay más allá o más acá. Dios es espíritu puro simplicísimo e infinito. Dios está todo y total, infinito en toda perfección, como es, en todo cuanto existe. Dios es espíritu, el Sumo inmaterial. No

está más allá y más acá. Esta en todo totalmente. Su trono es Él mismo y su misma inmensidad. Su derecha es su Omnipotencia, y su Sabiduría, y su Amor y Bondad.

Todos los bienaventurados y todas las jerarquías de los ángeles están en Dios, en el mismo Dios, en la esencia o centro de Dios, no lejos ni a distancia, sino en su mismo ser y en sus mismas perfecciones. Si sabemos por razón y por fe que tú y yo aquí estamos, y nos movemos y vivimos en Dios, Dios nos envuelve y llena y da la vida y el pensar, ni podemos salirnos de Dios, ¿cuánto más están en el cielo? Pero están ya gloriosos; participan ya y viven la gloria de Dios; aquí, no; si estamos en gracia, participarnos de la vida y naturaleza de Dios, tenemos vida sobrenatural, estamos en la vida de Dios, pero no gloriosamente, ni le vemos ni le sentimos; estamos en espera de que nos lleve ya al cielo a vivir en Él gloriosamente.

Todos los bienaventurados son felices y gloriosos en Dios, y viven en la misma vida gloriosa de Dios. Has leído en Santa Teresa que después que Dios la mostró la diferencia de gloria que había de unos bienaventurados a otros, *de muy buena gana tomaría todos los trabajos por un tantico de gozar más de entender las grandezas de Dios, pues veo que quien más le entiende más le ama y más le alaba*[4], y se refería a todos

4. Santa Teresa de Jesús: *Vida*, 37, 3.

los trabajos y hasta el fin del mundo. ¿Qué será Dios? ¿Qué será lo infinito glorioso? ¿Qué será la felicidad del cielo?

Y sabes que Santa Teresa no fue feliz en la tierra. Tuvo muchos sufrimientos. Sabes su exclamación de o morir o padecer. Era de carácter expansivo y abrazó vida recogida y penitente. Deseaba vivir en soledad con Dios a solas. Sentía muy penosa soledad en no poder ver y gozar de Dios, y deseaba muy vehementemente la felicidad y el cielo donde ya le vería glorioso. Este es también mi deseo y el de todas las almas consagradas a Dios o de vida interior que aspiran a la perfección. ¿Y me equivoco al pensar que tú también lo deseas? —añadió riéndose. Y, asintiendo yo con la cabeza, continuó—: Es cierto que algunas veces comunica Dios en esta soledad del destierro mercedes y luces, que parecen cielo, pero son muy breves y a pocas almas, y pasan presto como fuegos fatuos, dejando sólo mucho más crecidas las ansias de ver y gozar a Dios. ¡Esperamos tú y yo ver a Dios y gozarnos en Dios para siempre!

123.—En el deseo de saber, aún le pregunté:

—¿Y cómo veremos a Dios? No puedo formarme una idea de Dios y he oído que a Dios no se le puede ver.

Y él me respondió preguntando también:

—¿Y quién puede formarse una idea de Dios? ¿Quién puede formarse idea de la perfección infi-

nita sin límites, ni contornos ni figura? Nadie en la tierra puede ver a Dios por su misma hermosura sobrenatural e infinita. Podemos ver lo natural, lo sobrenatural excede nuestra capacidad y no podemos verlo.

Pero veremos a Dios infinito y glorioso y gozaremos su gloria. Él agrandará y fortalecerá nuestra capacidad para verle. Le veremos directamente en su esencia y en sus inimaginables perfecciones. Le veremos en Él mismo, en su Luz y con su Luz, que es Él mismo. Le veremos en la Sabiduría Eterna, en el Verbo Eterno, en la Persona de Jesucristo. Ya David nos lo anunció: *En tu Luz veremos la Luz*[5]. No en esta luz y con esta luz del sol, que nos deslumbra y hace sombra. Esta luz es como de muertos comparada con *la luz de los que viven*[6] en el cielo y con la *luz en que Dios está envuelto como en un vestido*[7]. Tampoco es posible podamos formarnos idea de la luz del cielo ni de la luz increada, que es el Verbo, ni de la luz creada que alumbra el cielo, mucho menos que podían en los siglos pasados formarse idea del alumbrado material eléctrico o fluorescente que al presente usamos. ¿Cómo podían soñar con estos focos eléctricos? ¿Y cómo nos será posible a nosotros ni a ellos tener idea de la luz del cielo?

5. Salmo 35.
6. Salmo 35, 15.
7. Salmo 103, 2.

Ten presente —me advirtió— que hablamos ahora de la luz con que ven los ángeles y los bienaventurados en el cielo antes de la resurrección de los cuerpos.

Los ángeles y las almas son espirituales, no tienen materia ni tienen ojos. El espíritu ve de otro modo más perfecto. Ve directamente el entendimiento. La luz con que ven los ángeles y los bienaventurados es una luz purísima, espiritual. La luz de los ángeles y bienaventurados es el mismo Dios infinito que ilumina las inteligencias y los hace felices. Porque en el cielo todo lo ven y todo lo conocen en la Sabiduría Eterna, en el Verbo Eterno, en la persona de Jesucristo, y lo ven con mayor perfección que mirando los seres en sí mismos. Y la Sabiduría es también la luz que lo ilumina todo. El Apocalipsis nos dice que la luz del cielo es el Cordero[8]. Y en la misa decimos lo que podemos aplicar a esta misma luz: *En Él, con Él y por Él, en la unidad del Espíritu Santo a Ti, Padre Omnipotente.* En Dios se ve todo y se ve con la luz de Dios.

124.—En la bienaventuranza del cielo y considero ahora tres especies de luces: una increada y otra creada. La increada es, como te digo, la Sabiduría Eterna, la Sabiduría del Padre, que es la Segunda Persona de la Trinidad Santísima, y es la

8. Apocalipsis 21, 23.

Persona de Jesucristo. Y otra es la luz creada, no sólo esta luz del sol que vemos, sino una luz purísima, sobrenatural, espiritual, puramente espiritual, y otra sobrenatural-material.

Los bienaventurados ahora, como los ángeles, no tienen ojos corpóreos para ver por ellos, no necesitan luz material y corpórea. El espíritu ve directamente con su entendimiento natural. Ve con grande perfección lo espiritual y ve también lo corpóreo. Y con la luz espiritual sobrenatural ve a los bienaventurados y su gloria.

La luz sobrenatural-material es la luz del cielo con que verán los cuerpos gloriosos y en la cual vivirán. Esta luz purísima y bellísima es la morada de la gloria. Es luz inmensamente más perfecta y sutil, inmensamente más suave y esclarecedora que la que ahora vemos; ni nos la podemos tampoco imaginar. Luz hermosísima donde vivían los bienaventurados y donde tienen y gozan su perpetua dicha. Los ojos de este cuerpo en que vivimos ahora no tienen capacidad para percibirla. La luz del sol, repito, no puede compararse con ella. Veremos y viviremos en la luz.

No sé si a esta luz material del cielo se refería San Agustín cuando decía: *Allí habrá cierta luz de la cual destila no sé qué cosa que ahora entendemos y nos alegra*[9]. De esta luz decía Santo Tomás: *El cielo*

9. San Agustín, sermón 4, 3-4.

Empíreo tiene luz, no condensada y que emita rayos como el sol, sino más sutil. O que posea la claridad de la gloria, que no se parezca a la claridad natural[10].

Muchos santos que nos dicen vieron bienaventurados, o ángeles, o maravillas del cielo, hacen resaltar la hermosura de la luz. Así, Santa Teresa de Jesús dice: *En sola la diferencia que hay de esta luz que vemos a la luz que allá se representa, siendo todo luz, no hay comparación, porque la claridad del sol parece cosa disgustada*[11], que es una cosa fea y penosa.

Y en la descripción de la visión que tuvo del cielo dice la venerable Ana de San Agustín: *Es tan grande la claridad, resplandor y hermosura que todo el cielo tiene, que está como una pieza toda de cristal... que la diese muy lleno el sol; que el de justicia la llena de soberana luz, y allí, en ninguna manera, habrá sombra en el cielo*[12]. La luz del cielo es más maravillosa.

Otra sierva de Dios, muerta casi en nuestros días, escribía: *Vi un Infinito que se hallaba en este lugar e igualmente en todas partes. Era una luz, pero no era una luz, porque no tenía ninguna relación con la luz que nosotros conocemos. Y, sin embargo, la luz es lo que mejor puede dar idea de lo que vi. Al mismo tiempo que veía ese infinito sentía como un ligero céfiro que acariciaba mi rostro. Pero este Infinito tan próximo a mí*

10. Santo Tomás de Aquino: *Suma Teológica*, I, q. 66, a. 3 al 4.
11. Santa Teresa de Jesús: *Vida*, 37, 2 y 17.
12. José de Santa Teresa: *Reforma de los Descalzos de Nuestra Señora del Carmelo*, lib. XVI, cap. 33.

era de una luz enteramente diferente de la que llenaba la celda y que me hacía perder de vista todo lo que me rodeaba.

Y ella misma repite: *Del grupo de la admirable Trinidad se escapó un rayo de luz en nada comparable a la luz del día, pero la luz es la única cosa que se le aproxima*[13]. Esto dice la angelical María Ángela.

Santa Ángela de Foligno llamaba a esto infinito, que ella veía, la oscuridad o tiniebla, donde veía todas las cosas y todos los seres. Era el Ser infinito de Dios, que supera todo conocimiento, y por eso ni en la luz encontraba comparación ni en nada.

La luz sobrenatural-material del cielo es luz bellísima, suavísima, y todo lo alegra y esclarece. Porque es sobrenatural, no es posible podamos formarnos idea de ella, como tú deseas, hasta que estemos en ella y la veamos. Dios la ha creado para delicia y embellecimiento del cielo, donde viven los bienaventurados para recreo del espíritu e iluminación perfecta de cuanto existe. No procede de ningún astro. Es luz creada directamente por Dios para ser cielo.

125.—Yo me gozo en considerar otra luz en el cielo, además de esta sobrenatural-material purísima y hermosísima e inimaginable como te digo. Es

13. *Lirio y Hostia, Vida y virtudes de la hermana Juana María Ángela del Niño Jesús*, por la Comunidad de MM. CC. DD. del Monte Carmelo, cap. 10, prfs. I y III.

una luz aún más noble y perfecta, sobrenatural-espiritual. Nada tiene de material o corpóreo; no impide la belleza de esta luz sobrenatural-material, pero esa luz es mucho más perfecta y, si puedo decir, mucho más sobrenatural.

Lo que dice San Juan en el Apocalipsis de la luz del cielo tiene aceptación para estas dos luces. Yo me gozo mirándolas y envolviéndome, en cierta manera, en ellas, para mirar a Dios y conocer a Dios y saltar de gozo alabando a Dios, y me parece contribuye al mejor conocimiento de lo que nos dicen los santos vieron en sus éxtasis o visiones.

Porque estos santos, muy numerosos y admirables, no veían ni el cielo, ni la luz del cielo ni a los ángeles o bienaventurados con los ojos de su cuerpo.

San Antonio veía esa luz en la oscuridad de la noche; Santa María Magdalena de Pazzis veía una hermosísima parte del cielo y la gloria de San Luis Gonzaga o de otros santos, cuando estaba con su comunidad en la oración a oscuras y cerrados los ojos, y como le decía a Jesús la Hermana Margarita al recibir esas visiones y esos gozos: *Que se van a dar cuenta las religiosas; que no estamos solos.* Y en las altas horas de la noche, como en lo retirado de su celda, veía y gozaba misterios inefables de Dios y las maravillas de sus ángeles[14]. Los veían gloriosos y veían la luz del cielo en su celda, en el coro, a oscuras; no los

14. Matías del Niño Jesús: *Dios al descubierto en un Carmelo moderno.*

veían con los ojos del cuerpo ni veían una luz material. Dios se los mostraba con una luz espiritual sobrenatural en lo íntimo del alma en el entendimiento, en visión intelectual, que es la más segura y la más levantada y perfecta, y la que produce mayor gozo y más enseñanza, o se la mostraba dentro, en la imaginación, pero no en luz real y natural.

Atiende a las palabras de San Juan: *Dios Omnipotente es su templo con el Cordero. Y la ciudad no necesita sol ni luna que alumbren en ella. Porque la tiene iluminada y su lumbrera es el Cordero. Y a la luz de ella andarán las gentes... No habrá allí noche*[15]. Como nos dice el mismo Evangelista: *Dios es la luz y no hay oscuridad alguna en Él*[16].

—No sé lo que tú veras en estas palabras. A mí me descorren el velo de cuanto vengo diciendo y de lo que querría decirte.

—Yo —le dije— no veo nada más que una nebulosa muy brillante y que me atrae y aumenta las ansias de saber y de no sé qué de altura y bondad y hermosura.

—Pues yo —me respondió— veo un mundo de luz, de encanto, de bondad y de verdad sobre este cielo que esperamos ver y gozar y sobre sus moradores dichosos.

15. *Apocalipsis*, 21, 22-25.
16. Joan., I, 1, 5.

Si las almas santas que han sido regaladas aquí por Dios con visiones de cielo y de ángeles veían en la oscuridad, veían con los ojos cerrados en el recogimiento de su retiro y aun en compañía de sus hermanas las religiosas o religiosos estando en el coro sin que se diesen cuenta, era porque no veían ni con sus ojos corporales, ni con esta luz solar ni con una luz material; veían luz espiritual y sobrenatural y les producía efectos y gozos inenarrables y ponía en un momento conocimientos insospechados, aun cuando fuesen grandes teólogos, como aconteció a Santo Tomás, que en un momento de visión que Dios le hizo, vio y entendió más grandezas, verdades y misterios de Dios, que cuantos antes tenía con los estudios de toda su vida. Ven y entienden con una luz especial que Dios les comunica, y con ella ven y entienden misterios de Dios y de las almas.

¿Qué no verán los bienaventurados con esta luz intelectual, espiritual-sobrenatural? Y aun en la luz material-sobrenatural cuánto no verán. Esta luz lo penetra todo, lo ilumina todo; es bellísima, regaladísima, clarísima, pero sutilísima. No hay materias ni rocas que no penetre; esclarece el centro de los astros y la distancia de las galaxias. Ilumina los corazones y las almas y todo lo transparenta.

Yo veo cómo Dios, con esta luz o estas luces sobrenaturales-espirituales, esclareció el entendimiento o la imaginación de tantas almas santas como ha habido y aún en la actualidad existen, aunque en

estos momentos no tantas, y les mostró, generalmente durante la oración, lo invisible, y ángeles y bienaventurados del cielo y la gloria que gozaban, y maravillas del mismo cielo y la luz sobrenatural que lo iluminaba y embellecía. El cielo es día perpetuo, sin nubes ni turbaciones. La luz del cielo es sobrenatural, encantadora.

126.—Pero hay otra luz, como te decía, superior a éstas, sin comparación. De esta luz no podemos dudar. Nos lo dice la Divina Escritura con certeza. Pero no vayas a figurártela algo semejante a ésta o a algo que conozcas. Es la Luz Eterna. Esta luz hace saltar de gozo al solo pensar en ella. San Juan nos asegura: *Dios es la luz y no hay oscuridad alguna en Él*[17]. Dios directamente, por Sí mismo, por su Verbo Eterno, por su Sabiduría Eterna, es la luz sobrenatural en la cual se ven todas las cosas con más perfección que en sí mismas. La Sabiduría Eterna ilumina, y esclarece y alegra con su luz sobrenatural-espiritual el cielo, y todas las inteligencias, y todas las sustancias de los ángeles y de los bienaventurados y todo cuanto existe, y mucho que no existe y existirá o podrá existir. En el Verbo veremos todo junto, simultáneo y detalladísimo y perfectísimo, con más perfección que tienen los seres en sí

17. Joan., I, 1, 5.

mismos, y veremos la razón de todos y conoceremos los sentimientos y deseos.

De esta Luz, que es el mismo Dios, decía San Agustín: *Aumenta en tu imaginación millares de veces, si puedes, esta luz del sol, ya sea en volumen, ya en claridad centelleante*[18]; pero no es esta Luz como la luz del sol, porque no hay ni comparación. A Dios no se le puede comparar con nada si no es analógicamente, en sentido muy diferente. ¡Oh conocimiento altísimo, clarísimo y gozosísimo el que se tiene en esta Luz Eterna! ¡Oh gloria deleitosísima con que se ven y gozan todas las cosas en Dios! ¡Oh delicia y complacencia inenarrable con que se aman, se conocen y leen los pensamientos y los amores de los bienaventurados en el mismo entender y amar infinito de Dios! ¡Oh Luz divina, que comunicas exaltación de dicha y de amor glorioso en la jubilosa e infinita fulguración de Dios! ¿Cuándo iluminarás mi entendimiento e inflamarás mi voluntad en tu purísimo lucir para que vea en tu hermosura infinita la belleza y el gozo de los bienaventurados y del cielo? ¿Cuándo me comunicarás tus inefables misterios en el regaladísimo silencio con que se comunican sus dichas y gloriosos amores los ángeles y los bienaventurados sin posible engaño ni error? ¡Oh gozo deseado y continuamente esperado! ¿No me va a saltar el corazón de contento pensando en ti?

18. San Agustín: *De la Trinidad*, lib. VIII, cap. 2.